

DEL BON HUMOR

—¿Que'm podries deixar cinc duros, Josepet? Tinc un gros compromís.

—¿Cinc duros?... Si. Aquesta tarda vina a casa que te'ls deixaré.

—¡Ai, no sabs pas fins on arribará'l meu agraiment! Tota ma vida te restaré obligat, essent capás de fer per tu'ls més grans sacrificis.

—Doncs aixís no vinguis pas a buscar-los. Jo no desitjo tampoc donar-te un trasbals semblant.

—Carmeta, son les vuit ¿que no's llevar?

—No senyora.

—¿Al primer día de llogada ja estem aixís? Tot está per fer.

—Vosté dirá. A mi m'agrada cumplir els tractes.

—¿Quins tractes son?

—No fassi la desentesa ara. Ahir vosté al llogarme em va dir que'm donaría sis duros i a més que'm vestiria. Per aixó l'estava esperant que vingúés.

—¡.....!

—Ja fa dos mesos que't vaig vendre la vaca.

—¡Com dos!... a vora tres.

—I encare no me l'has acabada de pagar.

—Dispensa'm; pró la meva honradesa me priva de pagar-te-la.

—¿Qué dius, murri?

—Tu recordarás que devant de tothom vaig dir-te, que dels cent duros per la vaca te'n pagava vint, i els vuitanta restants te'ls quedaré e deure. ¿Es cert?

—Be ¿i qué?

—Que si te'ls pagava, fós quan fós, ja no te'ls quedaria a deure, faltant a la paraula.

—Tu, i la teva dona, no haveu de ser més que un.

—Aixís m'ho creia jo quan el capellá va casar-nos. Mes ara veig que som deu.

—¿Que dius, home?

—Si, perquè ella es un, i jo soc un zero. Aixís resulta.

—Noi ¿cóm te dius?

—Joan.

—¿Y que més?

—Joan.

—¿Y que més?

—.....

—Quan la teva mare crida al teu pare ¿cóm li diu?

—¡Ximple!... ¡Bestia!

—¡Ah, quina casa qe teniu més esquifida! ¿Per on respireu?

—¡Ai, ai... per on vol que respirém? ¡Pel nas! Riu.

CRONICA

En el barrio del Lladoné, el viernes 7, un autocamió arremetió contra dos casas en construcción, derribando toda la fachada de una de ellas y parte de la otra. Los conductores del autocamió quedaron cubiertos por el casquijo, piedras y ladrillos, y cuantas personas estaban por allí, acudieron para socorrerlos, creyéndolos muertos debajo tantos escombros. Afortunadamente, estaban vivos, recibiendo sólo algunas escoriaciones sin ser de gravedad.

En el mismo día y al anochecer, según versión pública recogida, unas muchachas salidas de su labor cotidiana de la fábrica, dirigianse a sus domicilios, y dando con un carro del tío de una de ellas, subieron al mismo, y fuera de poblado, les paració percibir el ruido de un automóvil con dirección a esta villa. Bajaron del carruaje para dirigirse cada una a sus domicilios esparcidos por aquellos lugares. La última que descendió fué Carmen Castellsagué, una muchacha de unos 14 años, feliz con sus ilusiones, y contentísima, porque no habiendo concluido la semana llevaba ganados cinco duros, y como el día 24 era la fiesta mayor del vecino pueblo donde vivía, según sus cuentas, contaba con dinero suficiente para estrenar vestido, confeccionado ya, y otros atavíos del caso, sin pensar que un minuto después empaparía con su sangre aquella carretera que le era forzoso pasar y repasar diariamente. Estaba con una de sus amigas, cuando ésta, sin poder explicárselo, ni saber cómo, según ella decía ante un grupo, vió a la desgraciada debajo de las ruedas del auto. — Pude recoger del suelo, añadió, un «pasador» que Carmen traía sujetando su cabello, y lo conservaré en eterna memoria de nuestra amistad.

La infeliz muchacha fué trasladada a una